

Albequa

– ¿Qué es *Albequa*? –preguntó Daniel.

Sonia no se podía sacudir la curiosidad que sentía por los ojos del viejo. Aunque muertos, conservaban un resto de expresividad. Eran cautivadores, y a un tiempo repulsivos. Un latigazo frío le recorría la espalda cada vez que miraba los iris opacos, pero aún así le resultaba imposible dejar de observarlos. La compañía del anciano, no obstante, era agradable. Su discurso, de cadencia tranquila, y la gravedad de su voz, conseguían tranquilizarla.

Sin embargo ahora las palabras no acudían a su garganta.

– ¿Rufo... se encuentra bien? –preguntó Daniel al comprobar que la inmovilidad y el mutismo del hombre duraban más de lo acostumbrado.

El anciano hizo un gesto con la cabeza, apenas un pequeño movimiento, pero enseguida sus ojos se dirigieron de nuevo hacia el fuego. Sonrió levemente.

– Les ruego que me disculpen, no soy capaz de pronunciar ese nombre y permanecer indiferente. Estoy siendo descortés al no continuar la conversación. Por favor, perdonen mis modales.

– No hay nada que perdonar, al parecer esa palabra significa algo importante para usted. No es necesario que hable de ello si no lo desea.

– Tengo sentimientos encontrados. Por un lado aliviaría mi espíritu compartir mis recuerdos; en el pasado, no obstante, la franqueza y el exceso de confianza me proporcionaron burla y rechazo. Y aislamiento.

Daniel y Sonia cruzaron una mirada cómplice. Casi todo en aquel hombre parecía fuera de la normalidad. Daniel intuyó que la inusual oratoria del anciano y las referencias a un pasado oscuro podían estar intimidando a su hija, así que apoyó una mano sobre ella para transmitirle seguridad. Sonia, sin embargo, abrigó la mano de su padre en las suyas y le sonrió. Estaba tranquila.

– No sabemos cuál es su historia, ni por qué en el pueblo recelan de usted –aseguró Daniel; intentó modular su voz para conseguir un tono sincero–. Parece una buena persona; nos ha ofrecido hospitalidad, y la mejor forma de agradecimiento que encontramos es escucharle sin escepticismo. Por favor, hable con libertad.

– No es recelo lo que el pueblo me interpone, sino una dolorosa incredulidad. Incredulidad y burla. No obstante, depositaré mi confianza en su palabra. En cualquier caso, ya casi nada puede dañar a este corazón, cuyos últimos días se acercan. Les hablaré, pues, de Albequa. Espero encontrar la habilidad para que mis palabras se graben en sus recuerdos. Cuando mi tiempo termine se habrá agotado la última memoria que queda de esta verdad.

Daniel y Sonia se miraron, pero prefirieron no pronunciar palabra. Resultaba difícil saber qué decir a alguien convencido de que el tiempo de su vida se extinguía.

– Albequa –dijo el viejo– vive en mí, únicamente en mí. Ya no queda nadie más. Habita también en los escritos, pero en nuestros días de lógica y tecnología temo que lleguen a convertirse en historias para niños que despierten el mismo recelo que yo he padecido. En cualquier caso, los escritos pueden alojar conocimiento, pero el sentimiento humano sólo puede propagarse de

persona a persona. Para bien o para mal, soy el guardián del espíritu de Albequa; me fue entregado por el anterior Centinela, y morirá conmigo si no lo transmito al siguiente.

Sonia miró a su padre, extrañada. Él hizo un gesto muy sutil con la mano, abriendo la palma hacia abajo, pidiéndole paciencia. Él también se encontraba confundido, pero prefería escuchar un poco más antes de preguntar. Evidentemente, Rufo tenía su forma de contar las cosas, y su propio ritmo al hablar.

– No puedo decirles dónde está Albequa –prosiguió el anciano–, pero sí puedo decirles qué es. –Hizo una pausa y suspiró un momento–. Albequa es un mundo, un mundo distinto al nuestro, que no se encuentra en los mapas pero que existe, un mundo con desiertos, y océanos, con escuelas de sabios y señores de la guerra, un mundo que empieza donde termina nuestra realidad, donde la gente odia y ama, vive y muere... al margen de nosotros.

Sonia y Daniel intercambiaron una mirada de asombro indisimulado, aunque hicieron un esfuerzo por que sus gargantas no emitieran sonido alguno. Los sentidos de Rufo, no obstante, percibieron señales para él inconfundibles: la cadencia alterada de la respiración de sus huéspedes, la fricción de sus ropas, el leve crujido del suelo bajo ellos.

– Comprendo su sorpresa. No la tomaré como escepticismo, sino como la extrañeza de quien escucha por primera vez un relato difícil de creer. Apelo, no obstante, a su paciencia.

– Le ruego que no se ofenda –dijo Daniel–, comprenda que nuestra sorpresa es natural.

Rufo dudó. Demasiadas veces había sentido sobre sí las sonrisas y las burlas, demasiadas veces el desprecio o el miedo.

– Señor... quiero decir... Rufo, siga, por favor –le rogó Sonia–. Antes me ha dicho que, al final, la verdad está dentro de cada uno, ¿no es cierto? A lo mejor esta

verdad sólo vale para usted, pero hemos sido nosotros quienes le hemos pedido que la cuente, así que la escucharemos aunque sea difícil de entender. No creo que nos vaya a hacer daño.

Rufo giró la cabeza en dirección a Sonia. Su expresión mostraba gratitud y algo más, acaso la sorpresa de escuchar palabras maduras en la voz de una niña.

– La espontaneidad y la comprensión de la juventud... –dijo Rufo.

El anciano extendió el brazo, con la mano abierta hacia arriba, y la mantuvo así frente a Sonia. Ella no estaba segura de qué hacer, así que miró a su padre, que asintió sonriendo. Extendió su brazo y apoyó la palma de la mano sobre la del anciano. Él no la cerró, sino que la deslizó rozando la piel de ella. Después palpó el dorso de la mano y los dedos, y finalmente la retiró.

– Demuestras la inteligencia de los que escuchan. Estarás en los pensamientos de muchas personas por saber acercarte a ellas. No dejes de cultivar ese don.

Sonia se sintió un poco cohibida, no sabía bien qué decir. Daniel decidió salir en su ayuda.

– Mi hija es muy despierta –dijo–, mucho más despierta que yo. No deja de asombrarme. – Daniel esperó un momento antes de animarle a proseguir –. Continúe, por favor, estamos ansiosos por seguir escuchando su historia.

Rufo se recompuso. Encaró el fuego como si necesitara concentrarse en las llamas para articular la narración.

– Conocimos la existencia de Albequa por el Viajero, el único hombre que fue capaz de ir y volver. Muchos Centinelas antes que yo, a lo largo de casi mil quinientos años, han dedicado su vida a estudiar sus escritos. Por desgracia soy el último Centinela. Cuando yo muera no habrá nadie que continúe esta labor, nadie que estudie los escritos y que conozca la historia. Albequa no habrá dejado de existir, pero habrá desaparecido a los ojos de los hombres.

Durante un momento sólo se escuchó el restallar de las brasas. Daniel estaba confundido; su anfitrión parecía un buen hombre, una persona equilibrada y entregada a sus modales. Escucharle hablar acerca de otro mundo, un mundo imaginario de cuya existencia estaba convencido, le despertaba inquietud, y también tristeza. La mayor parte de aquel anciano ciego era respetabilidad y cordura, pero había un resquicio de su mente que habitaba fuera de la realidad.

Rufo continuó hablando.

– Los Centinelas hemos salvaguardado el secreto de Albequa durante más de quince siglos. Hemos custodiado los escritos del Viajero, los hemos estudiado, y hemos adoctrinado a los aprendices que habían de sucedernos. En mi juventud, sin embargo, la fortuna me dio la espalda. En realidad nos dio la espalda a todos.

Sonia no comprendía nada. Interrogó a su padre con la mirada, quien sólo pudo negar con la cabeza, abrir las manos con impotencia y encogerse de hombros, reconociendo que él tampoco entendía al anciano.

– Pero Rufo –dijo ella–, ¿quiénes son los Centinelas? ¿Y a quién se refiere cuando dice “todos”?

– Me refiero a los miembros de la Hermandad – aclaró Rufo–. Todos los guardianes de los escritos del Viajero han vivido en el seno de la Hermandad de los Centinelas, incluyéndome a mí, su último miembro. Era una hermandad oculta al resto del mundo; su existencia era desconocida por la autoridad eclesiástica de la que dependía nuestro monasterio, e incluso por la mayoría de nuestros hermanos en la fe. Éramos una hermandad dentro de una orden.

– ¿Y por qué dice que la fortuna les dio la espalda? – insistió Sonia.

– Esos... son recuerdos dolorosos –aseguró Rufo, sombrío–. Una noche infame, hace más de cincuenta años, nuestro Señor quiso ponernos a prueba. Una desgracia violentó el monasterio, y con ella quedó destruida nuestra Hermandad. Yo me convertí en

Centinela, a una edad demasiado temprana y sin estar debidamente instruido. En cuanto recuperé mi entereza de espíritu comprendí que el secreto de Albequa habría de morir conmigo si no lo transmitía. Era joven, y casi todo lo que conocía era la bondad de mis bienamados hermanos. Desconocía la vileza del mundo, así que hablé sin ponderar las consecuencias. Convencido de que la importancia de mis revelaciones sería comprendida, confesé al pueblo la existencia de Albequa, de la Hermandad destruida, de los Centinelas y los Escritos. El doctor, el regidor de la ciudad, la maestra... todos dieron por hecho que la razón me había deshabitado. Se compadecieron y murmuraron.

El anciano calló de nuevo. Sonia se dio cuenta de que parecía fatigado.

– Siendo el único vínculo –prosiguió– entre nuestro mundo y Albequa, sentí temor de ser encerrado como se encierra a los infortunados sin cordura. Yo, Rufus el monje, podía soportar la condena de ser tomado por loco y encerrado, pues Nuestro Señor nos acompaña hasta en los cautiverios más sombríos, pero el nuevo Centinela que residía en mí, habiendo perdido la vista en la desgracia del monasterio, comprendió que debía perseguir la posibilidad de refundar la Hermandad, así que no volví a mencionar a Albequa. Me silencié durante un tiempo, paseando por el pueblo a la vista de todos, convenciéndoles de que mi único y nuevo anhelo era aprender a desenvolverme en las tinieblas. Tras un año comprendí que la voluntad del Señor había cambiado nuestros pasos, y que Lucítera no había de ser el lugar donde reconstruir nuestra Hermandad, así que me recliné aquí... y esperé. He pasado cincuenta años en Su compañía, aguardando.

– Pero nunca –intervino Sonia– apareció alguien a quien pudiera enseñar a ser el nuevo Centinela.

– Tu observación vuelve a ser acertada –corroboró Rufo–, esta soledad ha puesto distancia entre la gente del pueblo y yo, pero también me ha aislado del mundo. Mi

formación apenas había comenzado cuando me convertí en Centinela, así que carezco de los conocimientos adecuados para perpetuar mi responsabilidad. Cuando yo muera Albequa se irá conmigo. Y temo que ya no ha de pasar mucho tiempo antes de que tal cosa ocurra.

A las cinco de la tarde el ruido de la lluvia disminuyó. Daniel se asomó por la ventana y observó que la niebla había desaparecido. Seguía lloviendo, pero con mucha menos fuerza. Las ondas en la hierba delataban la persistencia del viento. Meditó un momento sobre la conveniencia de aprovechar aquel momento para salir al camino y volver al pueblo. Tardarían no menos de una hora y media por un camino lleno de barro, probablemente resbaladizo.

Rufo pareció adivinar sus pensamientos.

– La prudencia no aconseja abandonar la casa ahora. Le ruego que acepte mi consejo, y mi conocimiento de este acantilado. El viento aún sopla del oeste, se puede escuchar cómo empuja contra la ventana; es un viento que viaja sobre el mar, ¿no percibe el aire repleto de sal? Sólo está tomándose un pequeño descanso; volverá cargado de agua. Aún lloverá muchas horas más.

Daniel no sabía qué decir, ni qué hacer. El anciano parecía una buena persona, a pesar de contar historias carentes de sentido, pero le preocupaba que su hija tuviera que pasar la noche en un acantilado vapuleado por el viento y la lluvia, en una vivienda tan precaria como aquélla.

– Daniel –dijo Rufo, utilizando por primera vez el nombre de su huésped–, no debe usted temer. Mi casa es segura, y yo sólo soy un pobre ciego... lleno de historias inofensivas. Pasen la noche resguardados de la lluvia y el viento, y mañana... partan en paz.

Daniel miró a Sonia, aún sentada cerca del fuego, y luego volvió a mirar al anciano. Supo, sin posibilidad de

duda, que Rufo se había percatado de su escepticismo. La claridad y la velocidad de pensamiento eran tan hondos en aquel anciano como su ausencia de cordura.

– Está bien –aceptó–, esperaremos a que el tiempo mejore. Después nos marcharemos.

La luz inundó el amanecer. El día era limpio y hermoso. Parecía imposible que doce horas antes el viento y el agua hubieran desplomado el cielo sobre ellos. Rufo estaba de pie, en la puerta de su vivienda, con la mano apoyada en el quicio. Daniel y Sonia estaban ya fuera, con sus ropas secas y las mochilas a la espalda.

– No olvidaremos su hospitalidad, Rufo –aseguró Daniel, que por fin había empezado a tranquilizarse–. Nos ha sacado de un buen apuro.

– Únicamente he extendido a ustedes la hospitalidad que tantos otros han necesitado, y recibido, en el pasado. Les honrarán si un día tienen la oportunidad de brindar a otros la misma hospitalidad que hoy han aceptado.

– Despidete, Sonia, tenemos que volver ya –dijo Daniel, poniendo la mano sobre la espalda de su hija.

Ella miró a su padre y luego a Rufo, poniéndose la mano sobre la frente a modo de visera.

– Siento que nos tengamos que marchar, me hubiera gustado escuchar la historia del Viajero.

– Sabes escuchar –respondió Rufo, esbozando una leve sonrisa–, te aseguro que tu vida estará llena de historias.

– Adiós, y gracias por ayudarnos –dijo ella.

– Nos daremos prisa en regresar –dijo Daniel, empezando a caminar–, ayer el tiempo cambió en pocos minutos, no queremos que vuelva a ocurrir lo mismo ¡Adiós, y gracias de nuevo!

Daniel y Sonia se alejaron caminando sobre la hierba, en dirección al sendero que conducía de nuevo a

Lucítera. Rufo permaneció en la puerta con la mano levantada durante unos segundos, y enseguida la bajó.

La frase que pronunció no la escuchó nadie más que él.

– Resguardaos. Está por llegar un tiempo mucho peor.